

Exposición: ***RAMÓN GAYA. El pintor en las ciudades***

IVAM Centre Julio González
4 mayo – 2 julio 2000

Comisario: Andrés Trapiello

Organiza: Instituto Valenciano de Arte Moderno

Colaboran: Iberdrola
Caja Murcia. Obra Social y Cultural

La exposición reúne más de doscientas pinturas que trazan una amplia retrospectiva sobre la obra de Ramón Gaya, uno de los pintores más solitarios y hondos que ha dado España a lo largo de este siglo. Su pintura da muestra de una especial sensibilidad y un profundo estudio del color y la luz y se centra en la representación de paisajes -vistas de Roma, Florencia y Venecia, su reencuentro con España y, en especial, con el paisaje murciano-, figuras y bodegones de temas intimistas, además de los que denomina “Homenajes”, dedicados a pintores como Rembrandt, Van Gogh, Velázquez o Solana. Con motivo de la exposición se publica un catálogo ilustrado con reproducciones de las obras expuestas, y textos de Andrés Trapiello, Tomás Segovia y Juan Manuel Bonet.

Ramón Gaya nació el 10 de octubre de 1910 en Murcia. A los diez años dejó la escuela para consagrarse por entero a la pintura, decisión en la que, fiado del consejo de los pintores murcianos Flores y Garay, le respaldó su padre, un obrero litógrafo catalán de formación anarquista, melómano wagneriano y devoto lector de Tolstoi y de Galdós. La llegada a la ciudad levantina de Tryon, y luego de Japp y de Hall, pintores ingleses, aristócratas y ricos, fue providencial para el joven Gaya, al igual que para Flores y Garay, con los que en dos o tres años había pasado de ser discípulo a compañero. Aquéllos traían consigo reproducciones de los impresionistas franceses y de la pintura que se hacía en París, Picasso, Braque y Matisse fueron su primer contacto con el mundo moderno. En 1926 llegó también a Murcia el poeta Jorge Guillén; él y Juan Guerrero Ruiz, a quien Lorca llamó algunos años después "cónsul general de la poesía", fundaron una revista, *Verso y Prosa* en la que iba a colaborar con escritos y pinturas Gaya, embarcado en aquellas vanguardias primeras españolas, y toda la plana mayor de la todavía en ciernes generación del 27: el propio Lorca, Alberti, Aleixandre, Altolaguirre, Cernuda, Prados.

Por ese mismo tiempo, en 1928, Guillén y Guerrero le consiguieron una beca para viajar a París, donde la ilusión de encontrarse con las vanguardias que ya conocía por fotos sólo fue comparable con la decepción que le produjeron al tropezárselas de cerca, lo que hizo que volviera sus ojos hacia el Louvre y, sobre todo, hacia El Prado, "su" museo, donde encontró a quienes iban a ser sus referencias pictóricas y sus maestros a lo largo de setenta años: Tiziano, Rembrandt, Velázquez, Rubens, y todos aquellos que de una manera natural han ido conformando su universo pictórico y con los que ha establecido un diálogo sin interrupción desde entonces. Adelantando la vuelta a España, como consecuencia de la enfermedad y vertiginosa muerte de su madre, Gaya se instaló definitivamente en Madrid en 1933, donde se enroló en el proyecto de instrucción popular que ideó don Manuel Bartolomé Cossío, aquellas Misiones Pedagógicas con las que recorrió España de punta a punta en compañía de Rafael Dieste, Luis Cernuda y Antonio Sánchez Barbudo.

La guerra significó una interrupción dramática en su vida y en su obra. Como tantos intelectuales se puso desde el primer momento al servicio de la República, que le destacó en los frentes literarios y artísticos que la servían tanto de propaganda como de sostén moral, y así le vemos participar de manera muy activa, como único viñetista, en la mítica revista valenciana *Hora de España*, junto a Antonio Machado, el propio Dieste, Gil-Albert, María Zambrano, Bergamín o Luis Cernuda. El desenlace de la guerra fue para él doblemente doloroso, pues a la derrota hubo de sumar la trágica muerte de su mujer en el bombardeo de la estación de Figueras, cuando esperaba el tren que le llevara al destierro. Después de la amarga experiencia del campo de refugiados francés, consiguió embarcarse en el *Sinaia*, que llevó a México a los primeros exiliados españoles. Tras el desgarrar de la guerra y la derrota, México, donde permaneció catorce años, se presentaba como la amarga encarnación de un doble exilio, el de una patria y el de la pintura, lejos como estaba de sus viejos y queridos museos, en los que siempre ha visto el remanso de la obra viva, o sea lo más limpio y sereno de lo que ha dado la vida. De ahí, de la lejanía de sus maestros, surgieron sus hoy célebres homenajes en los que los maestros amados, de Tiziano a Picasso, de Velázquez a Van Gogh, de Rembrandt a Hokusai, tienen un papel protagonista y explícito en muchas de sus pinturas. Tanto sus ideas sobre la pintura moderna y las vanguardias, como la naturaleza de su carácter, apartado de todo lo que no fuese su silencioso trabajo, le habían convertido ya en ese pintor al que se ha citado como "uno de

los más hondos y solitarios que ha dado España a lo largo del siglo", y también, en uno de los más genuinos, inconfundibles y originales.

En 1956 mudó su exilio mexicano por el italiano, para afincarse en Roma, donde llevó una vida aún más solitaria y apartada, compartida durante unos pocos años con la amistad de su vecina de la Piazza del Popolo, María Zambrano, o la de su colega el escultor Giacomo Manzú o la de la escritora Elena Croce. Desde 1960, fecha de su primer viaje a España después de la guerra, y sin prescindir de su estudio romano, Gaya va poco a poco normalizando su vida española, con estancias cada vez más frecuentes y prolongadas, primero en Barcelona y luego en Valencia, donde en 1974 instala su estudio y conoce a la que será su segunda mujer, Isabel Verdejo. Son años para él de intenso trabajo, como pintor y como escritor, pues es entonces cuando escribe y publica dos de sus libros más importantes, *El sentimiento de la pintura* (1960) y *Velázquez, pájaro solitario* (1969), y se hace una antológica de sus pinturas en la Galería Multitud de Madrid (1978), que ha de considerarse su verdadera presentación como artista en España. Ya en 1984, y sin cerrar ni el estudio de Roma ni el de Valencia, Gaya se irá a vivir a Madrid, instalándose en una itinerancia constante que le lleva de Madrid a París y de París a Roma y de Roma a Valencia o Murcia, ciudad ésta última en la que en 1990 se inauguró el museo que lleva su nombre. Podría pensarse que estamos ante un cosmopolita, ya nonagenario, pero quienes le conocen pueden certificar que Ramón Gaya es un hombre que jamás ha abandonado la vida discreta y solitaria que le ha permitido llevar a cabo esa obra en equilibrado contacto con el arte del pasado (para él siempre en presente) y con la vida, esa obra pictórica o ensayística que reconocemos llena de poesía y llena de silencio. La poesía le ha abierto las puertas del tiempo y el silencio el aire que se respira en lo más alto.